

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LA ESPAÑA REAL CONCORDIA Y DESACUERDO

MUCHAS veces he dicho que si cualquier noche un ángel me invitase a disponer la organización de España tal como creo que sería preferible, le daría las gracias y diría: «No». ¿Por qué? No me faltan opiniones bastante definidas sobre cuál podría ser la vida política española, y creo que no sería demasiado malo que se pusieran en práctica; pero estoy todavía más seguro de que muchos españoles no piensan como yo; y aunque yo tuviera razón, España no debe organizarse como quiero yo, sino como quieren ellos; es decir, que debe reflejarse en su realidad lo que opinamos, deseamos, queremos todos los españoles. La España que yo prefiero sería quizás mejor —así lo pienso—; pero no sería la verdadera España, la España real.

Lo malo es —se dirá— que los españoles no estamos de acuerdo. Es evidente; lo que es menos evidente es que eso sea «lo malo». La España de mis preferencias —he dicho— no es la España real; pero la imperante por supuesto tampoco; y unas cuantas que veo propuestas por unos u otros grupos me parecen modelos abstractos, puramente ideológicos, con muy pocas raíces en la realidad, y muy distantes entre sí; es decir, que la España que quieren unos no la quieren otros; probablemente, en cada caso no la quieren «los más».

Después de unos años de obsesiva politización, se produjo en España una polarización que la desgarró. En lugar de eliminar del juego político a las fracciones extremas e inconciliables, el torso de la sociedad española se dejó arrastrar por ellas, se escindió, cada una de sus mitades fue adonde no hubiera querido ir, aterrada en unos casos, alcoholizada por la retórica en otros. El resultado fue que los españoles lucharon, tan heroica como ferocemente, durante tres años, para encontrarse al final rodeados de muertos y de ruinas, con remordimientos mal ocultos, pero con una singular incapacidad de arrepentimiento; y con tantos caminos cerrados.

Uno de los fenómenos más interesantes de estos años es la revisión que están experimentando las actitudes de la guerra civil. No me refiero a la «idealización» de los vencidos por los jóvenes que no conocieron la guerra ni sus antecedentes. Esto es muy explicable. Primero, tuvieron siempre —y desde entonces— mejor literatura, y eso es siempre lo que a última hora queda (por eso es tan profundo el odio al escritor); por otra parte, a la difamación global e indiscriminada está sucediendo la reacción favorable, igualmente en bloque, sin demasiadas distinciones.

Lo interesante no es eso, sino la «afición» a los vencidos de muchos de sus vencedores. Muchos hombres muy maduros —tan maduros, que tomaron partido en 1936— parecen admirar extrañamente todo lo que combatieron con saña y —hay

que reconocerlo— suma eficacia. Vuelven sus ojos con elogio y hasta entusiasmo hacia las figuras o las doctrinas con las que lucharon a muerte. Yo los miro con un poco de sorpresa, y pienso cómo estuvieron tan ciegos, o cómo lo están ahora, o acaso en ambas ocasiones.

¿Y los vencidos? Para unos y otros hay que hacer una distinción. En ambos lados hay los que pudiéramos llamar «profesionales». Son los que han «institucionalizado» su postura; en un caso, para ejercer el poder, naturalmente; en el otro, para darse una figura, una personalidad que acaso no tuvieran aisladamente y con mayor flexibilidad. Pues bien, si se descuentan los «vencidos profesionales», los que sueñan con que pasen «los mal llamados años» —que son ya treinta y cinco y van a ser muy difíciles de borrar—, los que de una manera u otra lucharon por la República y fueron desplazados del escenario público en 1939 no querían volver atrás, no aceptarían plantear la cuestión en los términos en que les fue planteada entonces. Llevan dentro aquella enorme desilusión de que hablé hace poco, aquel tremendo desencanto que tan fecundo hubiera podido ser.

En 1939, se implantó la convicción de que las cosas eran «para siempre», con una solidez que sorprende pero no era tan descaminada. Hacia 1945 esa convicción se resquebrajó, pero cuando se dispuso la alarma, esa actitud se solidificó con una fuerza sin precedentes. Se dio por supuesto que todos los españoles que contaban estaban de acuerdo, y la unanimidad fue el gran supuesto.

En algún sentido, de esta actitud han participado casi todos los españoles. Digo en algún sentido, porque aun los que estaban lejos de esa unanimidad sentían que no se puede luchar, que esto es lo peor de todo. Los españoles lucharon de modo tan atroz, que cualquier cosa les ha parecido preferible a la lucha. Es como la guerra nuclear: no es practicable, no es una posibilidad admisible, no se puede contar con ella como solución de nada.

Ahora, que se habla de «apertura» (y lo que es más raro, de «aperturaismo», reduciendo la apertura a la realidad a un «ismo», una teoría), a lo más que se llega es a admitir el «contraste de opiniones» o «contraste de pareceres», porque todo lo demás es explosivo.

Siento discrepar. A mí es eso lo que me parece explosivo —para dentro de un poco, con espoleta retardada—. La guerra civil me pareció particularmente inaceptable, desde el primer día hasta el último. Me pareció mucho peor que cualquiera de

los bandos beligerantes. Podía aceptar que se optase por uno o por otro, siempre que se estuviera más contra la guerra misma que contra el bando adversario. Los que querían la guerra, desde cualquiera de los dos, parecían los más equivocados, los más siniestros. Y sólo pude tener estimación por los que deseaban y buscaban la paz, la reconciliación entre los españoles. Digo esto para que quede clara mi absoluta oposición —entonces y ahora— a toda guerra civil, a toda discordia.

Esto me da cierto derecho a reclamar la lucha, se entienda, la lucha civil, esto es, civilizada. Los españoles no estamos de acuerdo —gracias a Dios—. Ningún pueblo lo está —sólo los rebañados pintados de cualquier color—. No hay, por supuesto, unanimidad entre nosotros, ni es bueno que la haya. Hay muchas opiniones, muchos pareceres. Hay que expresarlos, por supuesto. Pero no basta con conocerlos, con «contrastarlos». Tienen que luchar.

No se trata sólo de ideas, de juicios sobre la realidad, de preferencias teóricas. Todo eso me interesa mucho, por mi vocación, pero no tengo «deformación profesional» y no creo que el intelectual deba confundir la realidad con sus intereses particulares; si es posible, debe ser además inteligente. Se trata de «fuerzas». En España —como en todas partes— hay regiones cuyos intereses son distintos, cuya interpretación de la nación difiere; hay grupos sociales a los que convienen distintas cosas; hay fracciones ideológicas que entienden de maneras distintas la organización del país; hay diversas maneras de proyectarse históricamente. No basta con hacer un catálogo de todas esas diferencias. Hay que dejarlas ser, enfrentarse, medirse unas con otras, justificarse, probar su verdadera fuerza, su capacidad de resolver los problemas, de atraer a los españoles. En una palabra, tienen que luchar.

El desacuerdo es inevitable y es maravilloso, siempre que no roce la concordia, la decisión inquebrantable de no romper la convivencia, de no eliminar al adversario, de no sofocarlo, de no mermar su libertad, de no ejercer violencia contra él. No se puede dar por supuesto que «los españoles somos así», que «queremos tal cosa». Ni lo puede decretar el poder público ni un grupo particular. La única respuesta política, la única respuesta verdadera es: Con verlo basta.

Cuando se lucha civilmente, cuando se organice libre y creadoramente el desacuerdo y tenga sus cauces abiertos, sentiré segura la concordia y no viviré en el temor de que me vuelva a disparar la demencia colectiva.

Julián MARIAS

EL CUMPLEAÑOS DE B. B. LOS ESTRAGOS DEL TIEMPO

YA se habrán enterado ustedes de que Brigitte Bardot acaba de cumplir los cuarenta. Los periódicos se han ocupado de la efeméride con gacetas, fotos e incluso comentarios editoriales. La cosa no era para menos, desde luego. Dicha señorita —o señora— pertenece al sector más conspicuo de la sociedad occidental, a la «élite» de los grandes titulares, al pequeño mundo de las notoriedades obvias, y siempre es noticia. De hecho, su nombre y su figura, a escala popular, resultan bastante más conocidos que los de cualquier político de primera fila, y no digamos ya que los del censo entero del Premio Nobel. En cuanto al nombre, habíamos ido acostumbrándonos a reducirlo a las iniciales escuetas: con ver «B. B.» todo quedaba claro. Y por lo que hace a la figura... Precisamente, Brigitte Bardot consiguió hacerse célebre con una rapidez prodigiosa gracias a la indiscutible amenidad de su cuerpo, que siempre procuró poner al alcance de los ojos de las multitudes. En unos sitios más, y en otros menos, según la decisión discrecional de las respectivas censuras cinematográficas, la gente ha podido contemplar su apetitosa anatomía. No estoy muy al corriente del asunto, pero sospecho que la B. B. fue una de las actrices «precursoras» del brillante «boom» de desnudeces que ahora sostiene la precaria supervivencia de la pantalla grande. En todo caso, su busto y sus glúteos, generosamente exhibidos, lograron un prestigio inmediato, arrollador. Tal vez otras damas del Séptimo Arte ofrecían a la vista perímetros pectorales más impulsivos y grupas de mayor énfasis: la Bardot, «toute mignonne», se ganó la admiración resuelta del «voyeurisme» universal.

Y he aquí, de pronto, que nos la encontramos cuarentona. Bueno; no «de pronto». Antes de cumplir los cuarenta tuvo que cumplir los treinta y nueve, y antes, los treinta y ocho, y etcétera. Que ya son edades, por cierto, en que la mujer corre el riesgo de convertirse en matrona. La superstitión de los números redondos, sin embargo, pesa mucho, y la cuarentena, abruptamente definida, sitúa el comentario a otro nivel. No está en mi ánimo exagerar, cla-

ro, y tampoco sería justo hacerlo. En nuestros días, una persona de cuarenta años todavía merece ser considerada joven. Al fin y al cabo, el concepto de «juventud» nunca dejó de ser relativo, y hoy, cuando los viejos proiogan tan enérgicamente su vejez, el embrollo terminológico se crispa. Desde el ángulo de los jóvenes —de los verdaderos—, nadie transigirá, en efecto. Allí por el famoso mayo francés del 68, una inscripción sorbonarda aconsejaba: «No te fíes de nadie mayor de treinta años». Los treinta, entonces, significaban una frontera, y no importa que el autor de la consigna, a estas alturas, la haya cruzado ya, ingresando en el reino de la senilidad repudiable. En realidad, uno, o envejece, o muere: la vida no da más de sí, por el momento. Aún no se ha inventado una «hibernación» para la juventud. Pero desde el ángulo de los viejos —de los verdaderos— el problema adquiere una perspectiva diferente. Los treinta, a su juicio, parecen una referencia remota, jovial y melancólicamente envidiable; casi una pura mocedad, en última instancia. Ante el cumpleaños de doña Brigida —¿es Brigida?— la disparidad de criterios podrá ejercitarse a gusto del consumidor.

Ciertamente, hay otro factor en juego. Los «monstruos sagrados» del espectáculo, por lo general, y en particular los del género femenino, suelen resistir el tiempo con un éxito indiscutible. Una serie de ancianitas gloriosas perduran en nuestra memoria con el rostro y la esbeldad de una época increíble. El que la mayoría se hayan jubilado no significa nada, o no significa mucho. La divina Greta prefirió eclipsarse «joven»; fue un error irreversiblemente recuperable, si no para ella, para su clientela. ¿Y la Marlene? Marlene Dietrich y sus piernas monumentales, si las enciclopedias no mienten, van por los setenta; hasta hace cuatro días, como quien dice, todavía estaban de buen ver. La televisión local, de vez en cuando, nos restituye a la Josephine Baker, que debe de ser de la misma quinta que la Marlene... Alargar la lista sería innecesario, entre más razones, porque tampoco hace falta poner ejemplos típicamente valetudinarios. Podríamos descender a

estadios menos insidiosos, e inquirir los años de la Juliette Greco o de la Joan Baez... Y los caballeros correspondientes, por supuesto. Esta fauna insigne se conserva muy bien: a costa de dietas, de cosméticos o de lo que sea. Entre las ilusiones que el llamado «consumismo» vende a la ciudadanía, ésta de la «juventud» aproximativamente «eterna» es una de las más capciosas y, a la vez, de las más aceptadas. Hasta el punto de que trascienden a «mito». Las muchedumbres de espectadores, que —ellos sí— envejecen un poco cada día, sufren los achaques y los déficit de la edad y se aguantan hallan en la mitología industrial un consuelo considerable.

Puede que se trate de un consuelo «patológico»... Es igual, a efectos prácticos. Una curiosa paradoja de la época es, justamente, esta voluntad de falsificar conscientemente la «juventud». Las personas mayores de nuestro medio social temen a los jóvenes —a sus chicos incordiantes y explosivos—, pero desean ser jóvenes a su modo, que es otro, sin duda. Para las amas de casa ya un tanto pachuchas, el comercio de productos domésticos inexcusables confecciona una publicidad escandalosamente astuta. El chisme eléctrico, el detergente, el caldo concentrado, el tejido de uso múltiple, el insecticida familiar, aparecen en los anuncios debidamente protagonizados por muchachas gráciles, calipigias, de sonrisa seductora: «jóvenes», con todos los poderes de la juventud. No me propongo criticar a los profesionales del ramo: ellos van a la suya, se atienen a las leyes del oficio, y santas pascuas. Si en lugar de las modelos atractivas sacasen en la tele o en la página del periódico la imagen de una madre de familia fondona, fatigada, con el aspecto normal de padecer alguna lacra vulgar —un conato de reuma, ligerísimas varices, un páncreas indomito, un sencillito juanete—, el negocio se resentiría: Esto resulta evidente. La conclusión es que, mediante tales trámites, la «juventud» se establece como hipótesis fantasmagórica en el funcionamiento de la compraventa y, de rechazo, en la convivencia entera. La ira de los auténticos

jóvenes, de los chavales, toma incremento en lo que para ellos no pasa de ser una imposición. Y así vamos tirando. En el fondo, el fenómeno sigue siendo mero «voyeurisme». Con tantas «identificaciones» como se quiera...

Una Brigitte Bardot cuarentona ha tenido que ser un judo golpe para cantidades fabulosas de ciudadanos. Son los ciudadanos inocentes que van al cine, hojean revistas ilustradas, se entregan al hipnotismo de la televisión, contemplan escaparates, dan una ojeada furtiva a las láminas decorativas que adornan las vallas callejeras. Para ellos, la B. B. no era una «persona», sino un «signo»: un signo, o algo por el estilo. No esperaban que cumpliese cuarenta años. Las diosas no cumplen años. Pregunten ustedes a cualquier helenista por la edad de Venus. No; estas mujeres de selección, voluptuosamente excepcionales en su arquitectura muscular, están, en principio, fuera del tiempo. Por la cuenta que le tiene, la señora Bardot hará todo lo posible para no defraudar a su público. Y tanto como lo hará. Algún observador particularmente suspicaz ya ha creído detectar en los músculos y en la epidermis de la actriz rastros oprobiosos de la edad, una arruga aquí, una flacidez allá. No podría ser de otra manera. Sólo que la erosión de los cuerpos —la vejez, en términos cotidianos— queda abolida cuando el cuerpo en cuestión asciende a «categoría». La palabra «categoría» tiene un regusto kantiano que tumba de espaldas. Es útil, a pesar de todo. El cuerpo de la B. B. es una categoría financiera, estética, sociológica, y muchas cosas más. Invulnerable a las aflicciones fisiológicas. Como la cabeza de Nefertiti o el torso de centenares de Afroditas del mármol antiguo. Cuando tenga biznietos —nietos, al menos— continuará «siendo» joven. No: ella el truco que ella es. A no ser que se suicide, y el mito tomará nuevos derroteros. Terenci Molix supo aprovecharse del de Marilyn Monroe...

Joan FUSTER

JOVENES CON PORVENIR
CURSOS DE PROGRAMACION
Solo bit al disponer de los Ordenadores del Grupo SERESCO,
le ofrece PRACTICAS EN ORDENADORES:
Así adquiere la EXPERIENCIA que le
permitirá trabajar como programador
bit forma en informática desde 1967

IBM

PROXIMOS COMIENZOS
ESCUELA SUPERIOR DE INFORMATICA
C/ Manilla, 49 Tel. 203.68.50
Barceloneta (Antiguo Autobus) Tel. 203.70.20-21-22

de CAMPRODON
FONT RUBI
"UNA TENTACION PARA SU CONFORT"
Chalets de Alta Montaña
Clima Seco y Sano
PISCINAS-BAR-RESTAURANTE
TENNIS Informacion en FONT RUBI y
los Martes y Jueves de 4 a
8 tarde St. ESTEBE
tel. 3219762

programación **IBM**
PRACTICAS reales con Ordenadores sin limitaciones.
Curso SUBVENCIONADO. Test de aptitud gratuito.
BOLSA DE TRABAJO. Horarios de MAÑANA, TARDE o NOCHE
Proximo inicio

ESTUMER ESCUELA DE INFORMATICA
Avenida de Antonio, 392 (Pl. España) Tel. 325.09.47
Calle Aragón, 112 (C. Urgel) Tel. 254.30.08

YLAN
RELOJ EXACTO